

virtiéndole que no tardaría mucho en ver morir á este pretendido heredero, y que ántes que esto sucediese, ejercería Dios el mismo castigo sobre otras dos personas de distinción, llamadas Aristifano y Crescente. También predijo á un tal Lauso, que, no teniendo hijos ni hermanos, se dejaba llevar de la misma pasión de amontonar tesoros, que tendría el dolor de ver que se disipaban por los crímenes, de la misma manera que por los crímenes los había adquirido.

Lauriano que había sido prefecto de Constantinopla, y tal vez uno de los miembros del pretorio, y que era pagano, había hecho sacar y aprisionar á algunas personas que se habían refugiado en la Iglesia del santo mártir Platón, en Ancira, San Nilo le escribió en términos los más enérgicos, declarándole que Dios, para castigarle y vengar al santo Mártir, haría que cayese en desgracia del emperador, y que se viese obligado á buscar su seguridad en la misma iglesia que había violado : que tanto él, como las personas que le eran más allegadas, caerían en penosísima enfermedad : que serían confiscados todos sus bienes, y que entonces se vería si el Saturno á quién adoraba, venía á consolarle en su desgracia. Anunció también á Nerón, una de las personas más distinguidas de la corte, que no evitaría los castigos que sus crímenes merecían, y que al fin de su vida experimentaría la desgracia de su caída.

Pueden considerarse estas amenazas, no sólomente como un efecto de su celo ardiente, sino como una prueba de que Dios le había distinguido con el don de profecía. Así es que, cuando escribía con tanta vehemencia, y dirigía repreciones tan severas, lo hacía dirigido por el espíritu de Dios, y no por efecto de mal humor : pues en sus escritos procuraba medir las expresiones, acomodándolas á las necesidades de aquellos á quienes quería atraer al bien, y

como la caridad, ó más bién, Dios era el que dirigía su pluma, le inspiraba según las circunstancias.

Vemos, en efecto, que este hombre, que parecía todo fuego contra los pecadores, censuraba á un obispo, llamado Olimpo, por tratar con excesiva severidad á algunos de ellos, en particular á dos personas, llamadas Filemón y Sosandro. Le indica, que teme que Dios le trate con el mismo rigor que él emplea con los demás. Le propone el ejemplo de un obispo, llamado Carpio, cuya visión, descrita en la octava de las epístolas que se atribuyen á san Dionisio Areopagita, es muy conocida. « Por último, le dice, privadles de la entrada en la iglesia el tiempo que se prescribe en los cánones apostólicos ; reprendedles, instruidles, exhortadles, y adcanzadles con vuestras oraciones la misericordia de Jesucristo. Renovadles, fortificadles, lavadles en sus propias lágrimas, ordenadles ayunos, purificadles con frecuentes vigiliás, y haced que por medio de la oración recobren la vestidura de la santidad, de que les han despojado la malicia del demonio y la iniquidad de los hombres. Sostenedles en una firme esperanza, cuando les veais orar, gemir, hacer limosnas, y exforzarse por tener propicio á Jesucristo, nuestro Salvador, lleno siempre de misericordia y de clemencia.

Gainas, aquel terrible general de los godos que hacia temblar al imperio romano, le escribió muchas cartas, cuyas contestaciones tenemos la dicha de conservar. Propónete en ellas el candillo algunas cuestiones sobre la divinidad de Jesucristo ; pero comprendiendo san Nilo que eran sugeridas por los arianos, cuyos errores seguía, no quiso contestar directamente á ellas, y se limitó á decir, que cuanto dijese de este sublime misterio, no sería escuchado por sus oídos contagiados por el veneno de la heregía. El santo no quería perder el tiempo en escribir

cartas que no habian de producir buen efecto, y preferia callar á disputar, para no arrojar las piedras preciosas de la verdad á las bestias inmundas de la heregía.

Dios que habia dado á su siervo una reputación tan grande, que le hacía ser respetado y consultado hasta por personas de la más alta dignidad, quiso probarle con una aflixión la más sensible para su corazón, y que contribuyó á aumentar sus meritos. Ya hemos dicho que, cuando se retiró del mundo, llevó consigo á su hijo Teodulo, viviendo ambos muchos años en la montaña de Sina, de donde descendian algunas veces á un lugar de esta misma montaña habitado por otros solitarios, á quienes iban á visitar. Llamábase este lugar el *zarzal*, por que allí se dejó ver el Señor á Moisés en una zarza ardiendo.

Acaeció, pues, que, comiendo una tarde con estos solitarios, uno de ellos, llamado también Teodulo, que era sacerdote de aquel lugar, les dijo con un aire de bondad más expresivo que de ordinario: ¿Quién sabe si, antes de morir, volveremos á comer juntos en este lugar? — No tardó en verificarse aquella presunción, que bien pudiera calificarse de profecía.

Al día siguiente, despues de cantar los himnos de la mañana, apareció una horda de sarracenos de la tribu más cruel de toda la Arabia, que, apoderándose primero de las provisiones que tenian los religiosos en sus pobres celdas, vinieron á atacar la iglesia, dando gritos espantosos, y acompañados de un lenguaje bárbaro é ininteligible. Hicieron estos bandidos salir á los religiosos del lugar santo, y los despojaron de sus vestíduradas dejándolos enteramente desnudos. Dos de ellos se apoderaron del sacerdote Teodulo, golpeándole y maltratándole, sin que por eso manifestase el más ligero movimiento de tristeza ni de temor á la muerte, ni profiriese más que estas palabras: *Bendito sea el Señor*. Un golpe de hacha descargado sobre

la espalda le abrió hasta el pecho, y le hizo caer en tierra, pero en una posición tan molesta, que, á pesar de la desnudez á que le habian reducido, conservó todas las reglas de la modestia. Al mismo tiempo mataron á un anciano, compañero suyo, y á un niño que le servia. Aquel se llamaba Pablo, y éste Juan.

Colocaron despues á los de más edad en un lado, como si quisiesen matarlos á unos en pos de otros, y á los más jóvenes en otro lado para llevarlos consigo. Cuando aquellos esperaban el golpe de muerte, vieron que los bárbaros les hacian señal de que huyesen, y se apresuraron á ganar la montaña del Sinai, no siguiéndoles los sarracenos, porque estaban persuadidos de que la majestad de Dios residia en aquel lugar. No procedia este sentimiento sólomente de las maravillas que por la tradición sabian haberse operado en tiempo de los israelitas, sino del recuerdo, no borrado aún, del fuego, que cien años ántes habia aparecido sobre esta montaña, cuando otros sarracenos persiguieron á los santos solitarios, como hemos visto en el capítulo precedente.

Viendo san Nilo á su hijo Teódulo en manos de los bárbaros que le llevaban cautivo, quedó su corazón en la situación más angustiosa que pueda imaginarse. No podia resolverse á huir, y ménos pensaba en el peligro que corría de ser asesinado, que en el hijo que tan cruelmente se le arrancaba. Su alma sufrió el sentimiento más vivo de dolor, cuando su hijo le hizo señal de que se salvase con los otros.

Hízolo así; pero confiesa que su espíritu quedó como separado de su cuerpo, no pensando á donde iba, sino preocupado sólomente con su querido Teodulo. Volvíase de tiempo en tiempo para mirarlo, y á medida que se alejaba aquel pedazo de sus entrañas, se subia á un sitio más elevado para contemplarle á lo lejos.

Cuando le hubo perdido enteramente de vista, se entregó á los gemitos y á las lágrimas, lamentándose de que Dios permitiese que hombres tan bárbaros ejerciesen semejantes crueldades con sus servidores. Hallábase tan afligida su alma, que parecía faltarle resignación, y él mismo confiesa que no tuvo toda la que debiera. Pero esta falta era muy excusable, pues temia por su hijo, á quien veia en poder de una nación idólatra, y que siendo bien formado y jóven, pues apenas tenia treinta años, podía ser destinado, como en efecto lo estaba, á servir de víctima en sus sacrificios.

Estos bárbaros mataron también á otros solitarios que encontraron en sus celdas ó en las cavernas, y cuando, llegada la tarde, se retiraron, descendieron los ancianos que se habian refugiado en la montaña para dar sepultura á los muertos. El sacerdote Teodulo respiraba aún, y no pudieron ménos de derramar lágrimas al ver la tristísima situación á que le habian reducido. Pero este santo hombre aprovechó las fuerzas que le restaban para exhortarles á adorar los juicios de Dios, recordándoles el ejemplo de Job, que, permitiéndolo el Señor, fué afligido por el demonio con todo género de males, y recompensado más tarde por el mismo Dios con mayores beneficios que los que ántes habia recibido. « Dios nos promete, les decia, recompensas mucho más grandes en la otra vida : recompensas que el ojo no ha visto jamás, ni los oidos han escuchado, ni la inteligencia puede concebir. Estas magníficas coronas las reserva para aquellos que han combatido por su amor y por su gloria, y manifiesta su magnificencia y su divina liberalidad concediendo á sus combatientes una gloria, que no sólo es superior á lo que han sufrido, sino que excede á las más grandes esperanzas. »

Este santo sacerdote no se proponia otra cosa que animarlos en sus trabajos y consolarlos en su aflixión con

palabras dignas de su virtud y de su amor generoso á Jesucristo. Despues les dió á besar la paz, y entregó su espíritu al Señor, Renováronse las lágrimas de los que presenciaban este espectáculo : diéronle sepultura juntamente con los otros cadáveres, y aprovecharon las tinieblas de la noche para trasladarse á la ciudad de Farán.

San Nilo encontró allí á muchas personas que tenian en gran estima la vida solitaria ; pero todos los consuelos que se esforzaban en prestarle, no eran bastantes para que dejase de derramar abundante llanto, pensando en la suerte que estaba reservada á su querido Teodulo. Esto dió lugar á que estas personas le rogasen que refiriese su historia.

Estando refiriéndola, apareció un esclavo escapado del campo de los sarracenos que les dió noticia de otros solitarios martirizados por estos bárbaros. Dijo también que, según habia oido de otro cautivo que entendia su lengua, habian resuelto sacrificarle á él y á Teodulo, á la mañana siguiente, á la estrella de Vénus, por que era costumbre entre ellos inmolar á los cautivos mejor formados. Anadió que, en vista de este peligro, habia propuesto á Teodulo que ambos se escapasen al primer descuido, como él tuvo la fortuna de hacer ; pero que Teodulo no se atrevió á ejecutarlo temeroso de que lo cogiesen.

Esta triste nueva puso el calmo al dolor de san Nilo : desde entónces consideró á su hijo como víctima de los bárbaros, y preocupado con esta idea, soñó á la noche siguiente que le presentaban una carta de su hijo, al que daban el título de bienaventurado, lo cual significaba que habia sufrido el martirio. Indescriptible es la amargura que se apoderó de su espíritu ; pero no se dejó llevar enteramente de ella, sino que acudió á la oración, y cobró ánimo con el ejemplo de la madre de uno de los religiosos martirizados, la cual dió gracias al Señor con un gozo tan grande, que demostraba tener una fé superior á todos los

sentimientos del amor maternal. Considerando san Nilo las disposiciones de esta piadosa madre, se increpaba á sí mismo por no tener esta generosidad cristiana, y se animaba á someterse á los órdenes de la Providencia. Hizo al mismo tiempo voto de servir á Dios de una manera más exacta y austera que hasta el presente, si tenia la dicha de ver vivo á su hijo, y á la noche siguiente Dios se lo aseguró por medio de un sueño en que una voz le decía : « El Señor confirmará la palabra que le has dado, y te « hará ver su efecto. »

Bién pronto tuvo este consuelo : Habiendo sabido el gobernador de Faràn las correrías que habian hecho los sarracenos al monte Sina, no obstante la paz establecida con ellos, elevó una demanda á Ammano, su rey, enviándole dos correos para saber si quería hacer justicia de esta infracción. En tanto san Nilo y sus compañeros fueron á dar sepultura á otros solitarios asesinados por los sarracenos, encontrando que sus cadáveres no tenian señales de corrupción, no obstante hacer cinco dias que estaban muertos. Entre ellos habia uno que aún respiraba, pero que á poca rato murió.

Ammano respondió que queria sostener la paz y reparar los daños causados por su gente. En su consecuencia, se le enviaron embajadores para renovar el tratado, uniéndose san Nilo á ellos con el fin de saber lo que habia sido de su hijo. Habia que hacer doce jornadas, y en el viaje fueron sorprendidos por los sarracenos, que se apoderaron de san Nilo, mientras que los otros lograron huir. Atáronle los bárbaros, y le hubieran llevado cautivo, si unos soldados romanos que aparecieron de pronto, no les hubieran puesto en precipitada fuga.

Camaron los embajadores cuatro dias más, y por último, llegaron á la corte. San Nilo, que sólomente suspiraba por su hijo, fluctuaba entre el temor y la esperan-

za, y hasta trataba de descubrir en las miradas de aquellos á quienes hallaba, si tenían alguna buena nueva que darle, Supo al fin que Teodulo vivia, y que estaba en Elusa. Se le dieron dos personas que le acompañasen, y en el camino encontró á un jóven que le llevaba una carta de su hijo.

Este jóven le habia visto ántes, y tenia noticia de todo : así es que, tan luego como le vió, sacó la carta del saco en que la llevaba, y se la mostró desde léjos. Se acercó con semblante risueño para darle á entender que le comunicaba noticias consoladoras. Confiesa san Nilo, que era tan pobre, que, no teniendo nada que darle, no pudo manifestarle su reconocimiento más que con expresivas palabras de gratitud.

Apresuró el paso, y lo primero que hizo al llegar á Elusa, fué ir á la Iglesia para dar gracias al Señor, postándose en tierra, exhalando suspiros y regando el pavimento con sus lágrimas. Tan luego como salió, se apresuraron muchas personas á felicitarle por haber encontrado á su hijo, y le acompañaron hasta la casa en que éste se encontraba. Tan luego como lo supo Teodulo, corrió á abrazarle ; pero le hubiera costado trabajó conocer á su padre, que se hallaba fatigado del camino, desgarradas sus ropas y en extremo abatido. El gozo de ambos les dejó mudos en un principio : se abrazaron tiernamente, y no se hablaron más que con lágrimas y suspiros. San Nilo era ya de avanzada edad y estando muy debilitado por las fatigas de un largo camino, y por las amarguras que habia devorado su corazón, no pudo sobrellevar la revolución que el exceso de gozo habia obrado en su naturaleza. Cayó, pues, desfallecido, y fué necesario prestarle eficaces auxilios para que no sucumbiese enteramente. Volvió algún tanto en sí, pero no sabia en donde se hallaba ; por último, algo restablecido, empezó á gustar

tranquilamente el consuelo de ver á su querido Teodulo.

Quiso que éste le refriese todo lo que habia sufrido, y los peligros á que habia estado expuesto en su cautividad. Temiendo Teodulo renovar sus dolores, se excusó en un principio ; pero al fin cedió á la obediencia.

« No es necesario, padre mio, le dijo, que os repita lo que ya sabeis por el esclavo que logró fugarse, y que os dió noticias de mí en Farán. Sólo añadiré que, habiendo resuelto los bárbaros inmolarme á la mañana siguiente á su infame divinidad, y habiendo preparado un altar, una espada, ampolletas, incienso y licores para derramarlos, según la costumbre, no esperaba ya otra cosa que morir, á no ser que Dios se dignase impedirlo por un acto de su poder infinito. »

« Viendo, pues, que el esclavo, que ya conoceis, se habia escapado, y no teniendo yo valor para seguirle, por que, siendo ya muy avanzada la noche, hubiera corrido peligro de extraviarme, preferí entregarme á la Providencia, y pasé la noche postrado en tierra, abatido el cuerpo por la tristeza, pero levantado el corazón á Dios, único que podía socorrerme.

« Hallándome en esta situación, le dirigí esta plegaria : Señor y Dios mio, que sois el Criador del universo y de todas las cosas que en él se contienen : en vuestras manos están los corazones de todos los hombres : podeis inclinar los más bárbaros, y darles sentimientos de dulzura y de misericordia. Puesto que cuando así ha placido á vuestra soberana voluntad, habeis impedido que las bestias feroces dañen á vuestros servidores y habeis detenido la actividad de las llamas, conservando en medio de ellas á tres jóvenes, sin que se quemase uno solo de sus cabellos : dignaos, Salvador mio, hacerme sentir vuestra poderosa protección en el terrible trance en que me encuentro, y en que no tengo otro auxilio que el vuestro. No permitais que mí

sangre sirva de libación en un sacrificio ofrecido á los demonios, y que estos puedan gozarse con la inmolación de los miembros de mi cuerpo ? ¿ Permitireis, Dios mio, que este cuerpo que por vuestra gracia he conservado casto y puro, sirva de víctima al demonio de la impureza, simbolizado en la infame divinidad á que se le quiere inmolarse ? Cambiad en dulzura y clemencia la crueldad de estas bestias feroces, Vos que dulcificasteis el corazón de Asuero, rey de los Medos, cuando ante su presencia compareció la reina Esther, salvadme, pues sabeis que sólo á Vos quiero servir con toda fidelidad. Devolvedme á mi padre que se halla consagrado á vuestro servicio ; pues aún cuando me hallo muy lejos de su virtud, quiero imitarle. No os pido esta gracia, ni tomo esta resolución por temor de la muerte. Demostrad en esta ocasión que la fé y la confianza en vuestro poder infinito son más eficaces que todos los medios humanos. El que debia ser sacrificado conmigo se ha librado por haber huido, y yo he quedado aquí confiando en vuestra Providencia. Él ha confiado en la ligereza de sus pies, y yo sólo en Vos : él se ha salvado merced á las tinieblas de la noche, ¿ no me salvaréis á mí por vuestra infinita sabiduría ?

« Cuando yo dirigía esta fervorosa plegaria, continuó Teodulo, apareció la estrella de Venus sobre el horizonte. Me levanté de la tierra, me senté, y teniendo mis manos cruzadas y bajando mi cabeza hasta tocar con las rodillas, me puse á orar con mayor fervor, regando mi pecho con mis lágrimas, y diciendo : Haced, Señor, que vuestra misericordia brille sobre mí, pues que sois el único árbitro de la vida y de la muerte : haced un prodigio en mí, como lo habeis hecho con vuestros santos, que se encontraron en el mismo peligro y en la misma aflixión. Vos detuvisteis el brazo de Abraham, próximo á inmolarse á su hijo por obedecer vuestro mandato : Vos librasteis á José